

ALKA I

La mujer del infinito

Yaiza Nicolás

Primera edición: julio de 2025

ISBN: 9798291416976

Sello: Independently published

© Texto: Yaiza Nicolás

© Maquetación: Mariana Lorenzo

© Diseño de cubierta: Yaiza Nicolás

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en forma alguna, ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Esta obra es una creación de ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Para más información o contacto: [www.lamujerdelinfinito.com](http://www.lamujerdelinfinito.com)

*Para Eric y Mia, por hacerme creer en el infinito.*

Parecía la boca de un enorme animal. Encendió la linterna y entró. Avanzó lentamente, tratando de domar el miedo mientras la humedad se pegaba a su rostro, como un aliento ascendiendo desde las profundidades. Caminaba despacio, reconociendo el terreno, dejando que la cueva se mostrara a su paso.

Llegó a una estancia amplia de paredes sinuosas. El techo era ligeramente abovedado y se reflejaba en un suelo que simulaba una alfombra de mármol liso y pulido. No sabía a qué profundidad se encontraba, pero la sensación de tener una gran masa de piedra sobre los hombros le provocó un ligero temblor de piernas. Depositó el trípode y el escáner en el suelo; le pesaban más de lo habitual. Había dormido poco y el intenso olor que manaba de la gruta empezaba a marearla.

Esa cámara era más húmeda que el resto del complejo volcánico. Las paredes estaban mojadas y en el suelo se formaban charcos que crecían a medida que avanzaba. Por un momento, dudó si debía dar media vuelta y regresar a la superficie. Se sentía aturrida, pero se resistió a abandonar el lugar porque quería capturar el interior de la cueva. Necesitaba un modelo 3D de esos pliegues en la roca que aparentaban pesadas cortinas. Cubrió su boca con un pañuelo para evitar que el vapor se adhiriera a su garganta como una capa de barniz y avanzó hacia el interior. Dudaba de todo: de las decisiones que había tomado a lo largo de su vida e incluso de si ese sentimiento de culpa que crecía en su interior era real. Amaba a su marido y no sabía cómo había podido hacer algo así.

Alumbró al techo y vio un cúmulo de microorganismos pegados a la cúpula; parecían diminutas luciérnagas que retuvieran el

haz de luz de la linterna sobre su caparazón. Apagó la linterna del casco para observar el fenómeno con mayor claridad y se acercó a una de las paredes para comprobar que toda la piedra estaba cubierta por un tapiz de insectos. Continuó adentrándose en la cueva, sin darse cuenta de que avanzaba sobre una superficie gelatinosa, hasta que, atontada por el penetrante olor del que prácticamente se había olvidado, se dejó llevar por el espectáculo de luz que se producía en el muro.

Algo parecido había experimentado la noche anterior. No sabía si había sido fruto del alcohol, la luna llena o el olor de su camisa lo que la había transportado a un plano físico hasta entonces desconocido, pero se había sentido capaz de manejar una ráfaga de viento sobre un prado, hacer florecer un almendro o concentrar un remolino de mariposas en la palma de su mano. Aquel hombre la había acariciado por dentro, por la cara interna de todas las cosas. Avanzó con dificultad y, cuando intentó mirar hacia abajo para comprobar qué presionaba sus tobillos, la luz atrapada en el manto orgánico que cubría las paredes la embelesó. Apenas se dio cuenta de que el líquido comenzaba a entrar por la caña de sus botas de agua, mojando sus rodillas. La cúpula de la estancia se iluminó, generando un efecto en el que los insectos propagaban la luz de unos a otros, formando un recorrido visual del que no podía abstraerse.

En un peculiar estado de placidez, divisó a unos metros delante de donde se encontraba una piedra de gran tamaño que sobresalía del fango. Se dejó arrastrar por el lodo, convencida de que subiría al islote y se pondría a salvo sin dificultad. Regresaría con Carlos y las niñas, le explicaría lo ocurrido y su vida volvería a la normalidad. Él entendería que había sido una estupidez y seguiría a su lado. La piedra, sin embargo, parecía desplazarse hacia adelante conforme ella avanzaba, volviéndose cada vez más inaccesible. El líquido comenzó a ceñirle los muslos y, desde dónde se encontraba, la robusta piedra que emergía de la charca parecía una barca

a la deriva. Se palpó el vientre y tocó el ungüento que la rodeaba. Era denso. Apartó la vista de la roca por temor a que las turbias aguas la cubrieran, pero una corriente constante seguía arrastrándola pacientemente hacia el interior. Se sentía aturdida y no podía pensar con claridad. Los gases de la ciénaga le habían nublado el juicio; la noción del tiempo se dilató y la percepción de peligro se diluyó enseguida.

El barro comenzó a presionar sobre su pecho y, en el momento en que intentó volver a colocarse el pañuelo sobre la boca y la nariz, la linterna se le escurrió de las manos y cayó en el lodazal. Trató de buscarla, pero no la encontró. “Tendría que haberle hablado de Carlos”. Se quedó a oscuras, con el menguante rastro de luz de los insectos sobre la cúpula de la cavidad. Intentó deshacerse de las botas que la arrastraban, pero el efecto vacío la succionaba hacia el interior de la poza. Trató de girar sobre sí misma en un acto desesperado por salir de ahí, pero solo logró desorientarse y dudar de si lo que tenía delante era el peñón o la orilla por la que se había precipitado. “Tendría que haberlo evitado”.

Intentó retroceder, pero sus piernas estaban atrapadas en un barro compacto que la retenía con la firmeza de un cepo. Se asustó y alzó la voz para pedir ayuda. “¡Carlos!”, gritó. Miró de nuevo hacia el techo en busca de algún rastro de luz. El lodo la tenía sujeta por el cuello y supo que no había nada que hacer; no tenía dónde agarrarse. Con el reflejo de las luciérnagas desvaneciéndose en sus pupilas, se aferró a una última imagen: él desnudo, boca abajo entre las sábanas. Volvió a meterse en la cama con él, lo abrazó con fuerza y cerró los ojos. Exhaló el último suspiro que le quedaba y se dejó engullir.

# PARTE I

## Capítulo Uno

*Tres días antes. Tenerife, jueves 21 de junio de 2007*

No tenía sentido. Toda la masa volcánica que se extendía a ambos lados, desde donde se encontraba hasta donde el tubo volcánico confluía con el océano, debía ser maciza. Pero, según la pantalla del escáner, tras el muro había un hueco de gran tamaño, justo encima de donde debían romper las olas. Se vio obligada a repetir las mediciones por lo que a simple vista parecía una incongruencia. Aquel proyecto era importante y, aunque no le gustaba estar bajo tierra, se esforzaba en ignorar la masa rocosa que tenía sobre su cabeza. Era la primera vez que confiaban en ella para diseñar una pasarela dentro de un tubo volcánico. Era su primer trabajo como autónoma y quería estar a la altura. Además, había conseguido que su jefa le prestara un escáner de última generación, recién adquirido por el estudio de arquitectura para el que trabajaba. No todos los días se presentaba una ocasión igual.

Se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra la pared. Afortunadamente, no había nadie; todos los operarios y el personal que grababa el anuncio de la cueva, que prometía ser la nueva atracción turística de la isla, habían subido a almorzar. Únicamente el titilar de las bombillas ancladas a la pared daba fe de que se encontraba bajo tierra. El silbido que recorría el entramado subterráneo hizo que pegara el oído a la piedra en busca de alguna señal, pero no escuchó más que los latidos de su corazón. Fue entonces cuando notó un ligero movimiento en su cabello que provenía de una pequeña

fisura en la roca. Se palpó el bolsillo derecho, extrajo una tiza y marcó una cruz en la piedra. Después, realizó nuevamente todas las mediciones antes de avisar a Emilio, el jefe de obra y copropietario de la cueva.

Convencida del resultado, fue en busca de Emilio. Salió del tubo volcánico y, al preguntar por él, le indicaron que se encontraba en la caseta de obra. Llamó a la puerta y una voz desde el interior le indicó que podía pasar. Era un despacho provisional, en cuyo centro estaba sentado Emilio con sus gafas de pasta y el pelo, por el que asomaba alguna cana, alborotado, enfrascado en un mar de papeles que debía revisar. Pareció alegrarse al verla.

—Adelante—dijo, esbozando una inesperada sonrisa.

Bárbara sorprendía por la sencillez de su belleza; unos grandes y expresivos ojos verdes, una nariz recta con pecas, unos pómulos ligeramente marcados y unos labios suaves y bien definidos que ocultaban una sonrisa capaz de iluminar un sendero en la oscuridad. Su cabello castaño, más claro que oscuro, caía a ambos lados de su cuello como una cortina que ondeaba a la altura del pecho. Aunque no era excesivamente alta, movía con gracia su elegante figura.

Emilio se levantó y le ofreció un café. Su complexión ancha lo hacía parecer más bajo, pero cuando se puso a su lado Bárbara comprobó que medían casi lo mismo.

—Creo que he encontrado algo que te puede interesar.

En cuanto le habló del hueco al otro lado del muro, Emilio quiso verlo. Se dirigieron al tubo volcánico y él de inmediato se inclinó sobre la pantalla del escáner. Aunque no era ingeniero, sabía interpretar una nube de puntos. Mientras tanto, Bárbara se concentraba en los pliegues del cuello de su camisa para calmar los nervios y evitar decir algo fuera de lugar. Se sentía inquieta y, en ese momento, tuvo la fugaz sensación de que el hallazgo le venía grande.

—¿A qué distancia dices que está la nueva galería? —preguntó Emilio.

—A ochenta y cinco centímetros en diagonal si taladramos justo

ahí —contestó, señalando la marca de tiza en la pared.

Se convenció de que Emilio la relegaría en sus funciones para dar la bienvenida a un grupo de espeleólogos profesionales. “Tendré que volver a Madrid y seguir trabajando para los demás”, se dijo. Haría cualquier cosa con tal de llevar a cabo un proyecto propio, de tomar decisiones y de estampar su firma de arquitecta colegiada que tanto le había costado conseguir.

Emilio replegó su espalda devolviéndola a su posición original. Se apartó del trípode y dejó al descubierto un gesto que pretendía mostrar satisfacción.

—¿El escáner es fiable?

—Completamente.

—¿Cómo lo has descubierto? —preguntó con curiosidad.

—Ha sido fortuito, debí mover sin querer el trípode cuando estaba escaneando el último tramo y, al ver los puntos en el lateral, hice la medición de frente. He probado otros ángulos, pero desde aquí es desde donde mejor se aprecia.

—¿Crees que el hueco es lo suficientemente grande como para desviar la pasarela y hacer que entre? —preguntó Emilio, interesado en el valor que el hallazgo pudiera ofrecer a todo el conjunto.

—No lo sé. Hay que atravesar el muro y escanear por dentro para obtener un modelo fiable —contestó, consciente de no querer generar falsas expectativas.

—Buen trabajo —se apartó del trípode y la miró con aprobación—. Mañana comenzamos a perforar. ¿Hay algún problema para que te quedes más tiempo en la isla? —preguntó, y antes de que ella pudiera contestar, añadió—: Me gustaría que continuaras en el proyecto.

—A mí también me gustaría, gracias. Solo tengo que preguntar en el despacho si pueden dejarme el equipo unos días más. Seguro que no habrá problema —sonrió.

—Muy bien. Esta tarde, Gloria, mi secretaria, pasará a buscarte por el hotel y te llevará a su casa. Tiene una villa en lo alto de una

colina; es muy bonita y estarás más cómoda —sentenció, sin darle opción a rechazar su oferta.

A las ocho de la tarde el sol seguía amenazando el horizonte tras la puerta giratoria del Miraflores Blue, un hotel para pensionistas ubicado junto a un paseo marítimo que estaba lejos de la paz prometida por las cuatro estrellas de la placa atornillada sobre la fachada. Sentada en un sofá de escay azul turquesa rodeado de jarrones chinos de imitación, Bárbara esperaba la llegada de Gloria Dara.

“¿Qué clase de secretaria tiene una villa?”, se estaba preguntando, cuando una mujer irrumpió en el vestíbulo con una minifalda rosa, sandalias de cuña que elevaban su compacta y voluptuosa figura, y unos labios impregnados en gloss que se movían al ritmo del chicle que se mecía en su boca. Sus pendientes de aro dorado repartían destellos por el hall del hotel, mientras se aproximaba a ella y alzaba un brazo al aire en señal de reconocimiento. Bárbara miró a ambos lados del sofá, convencida de que saludaba a alguien, pero a su lado no había nada más que los jarrones que conjuntaban con ella a la perfección. Gloria retiró las gafas de sol que cubrían su rostro para dejar al descubierto unos ojos redondos, un poco juntos, de color chocolate.

—Hola, tú debes de ser Bárbara —dijo, extendiendo su mano con uñas esculpidas en porcelana y lacadas del mismo color que su falda—. ¿Te ayudo con la maleta?

Bárbara, que se había formado una imagen muy distinta de la secretaria de Emilio, le devolvió una sonrisa y amablemente rechazó su gesto. No estaba dispuesta a que nadie que no fuera ella misma tocara la maleta en la que viajaba un sofisticado escáner que costaba lo mismo que un piso frente al Parque del Retiro de Madrid. Gloria no insistió y le pidió que la acompañara. Su actitud le gustó; no soportaba las insistencias por compromiso. El chófer las estaba esperando, y cuando Bárbara atravesó las puertas giratorias del hotel un calor húmedo repentino se ciñó a su cuerpo.

El conductor de Emilio las recibió con el maletero del coche

abierto, pero ella volvió a declinar la oferta con una sonrisa mientras se aferraba al bulto con fuerza. Tras comprobar con decepción que estaba obligada a montar en un coche americano de los cincuenta, un Cadillac turquesa virado a menta por una excesiva exposición al sol, no dudó en cargar el equipaje para acomodarlo en el asiento contiguo al suyo en la parte de atrás. Acto seguido, se sentó junto a la maleta, le colocó el cinturón y la rodeó con su brazo izquierdo. Se agarró al pasamanos antes de que el vehículo arrancara y Gloria, sentada junto al conductor, aseguró que subiría la cuesta. No entendió el comentario hasta pasados veinte minutos, cuando el coche abandonó la autopista TF-5 y se adentró montaña arriba en busca de mejores vistas desde donde contemplar el océano.

—Me ha dicho Emilio que has descubierto una cueva detrás del tubo volcánico —comentó Gloria mostrando entusiasmo.

—Si. Bueno, eso parece. Mañana perforaremos y comprobaremos qué hay al otro lado del muro.

Cada curva de la carretera revelaba una nueva perspectiva del acantilado. Bárbara se fijó en que las embarcaciones que navegaban cerca del precipicio se veían diminutas. El contraste del blanco de las olas chocando con el negro de la piedra mojada acentuaba la profundidad del barranco.

—¿Qué crees que habrá? —se interesó Gloria.

—No lo sé. De momento parece una cámara vacía, pero hay algo en la base que no sé lo que es. Quizá un agujero o un corte en la roca. Mañana saldremos de dudas— replicó admirando el exótico paisaje tras la ventanilla.

—Vaya, tu trabajo debe ser muy emocionante.

—No creas, es la primera vez que me pasa. No suelo trabajar bajo tierra —replicó Bárbara.

—¿Ah, no? ¿Y dónde trabajas?

—Casi siempre en una oficina, y cuando salgo del despacho es para escanear iglesias o catedrales. Una vez me tocó un castillo, pero, al margen de esas salidas, que no son tantas, mi trabajo —pen-

só en sus tareas hasta el momento— es bastante parecido a cualquier trabajo de oficina; hacer cosas que no te gustan para gente que no te importa.

—¡Anda! Yo pensaba que era la única que tenía ese trabajo —se rió Gloria.

—¿Porqué, no te gusta tu trabajo? No parece aburrido ir en Cadillac con chófer por una isla tan bonita.

Hasta ese momento, Bárbara había disfrutado del perfil del volcán a un lado y del balcón de un enorme acantilado al otro sin prever la volatilidad del paisaje.

—Tienes razón. No me puedo quejar, pero no todo es tan glamuroso como parece...

Mientras el conductor las llevaba a través de bosques de pinos, campos de viñas y tierras áridas y pedregosas tan oscuras como el carbón, Gloria le explicó en qué consistía su trabajo.

—Emilio me dijo que eras su secretaria. No mencionó el resto de las funciones.

—Si, su secretaria —se burló Gloria—. Hago lo mismo que el trabajo de oficina, solo que él si me importa a mí, pero parece que yo no mucho a él.

En ese momento el coche inició su ascenso por una carretera secundaria. El camino se volvió terroso y el paisaje se elevó sobre un enorme y majestuoso desnivel. Se quedó callada y Gloria se giró hacia ella.

—Los de Madrid no estáis acostumbrados a las cuestas, ¿verdad? Asintió tratando de disimular la aversión que le tenía a las pendientes.

—Este es el coche favorito de Emilio, lo utiliza mucho en rodajes de anuncios y está en perfecto estado. No temas, nunca nos ha dejado tirados.

Bárbara seguía aferrada al pasamanos, petrificada como una gárgola.

—Una vez, tuve un incidente con un coche en una pendiente. No me gustan las cuestas —explicó sin apartar los ojos de la carretera.

—¿Qué pasó?

Tomó aire. No se lo había contado a nadie.

—Fue hace siete años. Volvía con Carlos, mi marido, de noche de una fiesta. Dejé que condujera él. Normalmente conduzco yo de vuelta para que él pueda beber, pero dos días antes había sido el funeral de mi abuela Margarita y estaba muy afectada. Bebí más de la cuenta y él insistió en llevar el coche de vuelta a casa. La fiesta había sido en una finca en la sierra de Madrid, era enero y había hielo en la carretera. Carlos tomó un atajo para evitar una rotonda donde solían hacer controles de alcoholemia. Nos topamos con una cuesta muy pronunciada. No había otro camino para salir a la carretera. En mitad de la rampa chocamos con algo y los neumáticos comenzaron a patinar. Carlos dio un volantazo para poner el coche en perpendicular y comenzaron las vueltas de campana.

Miró por la ventanilla.

—¿Y? —preguntó Gloria

—El coche se quedó encajado entre dos pinos. Salimos como pudimos y caminamos hasta la carretera para esperar a que llegase la grúa —hizo una pausa—. Había un rastro de sangre en el suelo; habíamos atropellado a un jabalí.

—¡Joder!

La pendiente no cesaba y Bárbara solo podía imaginar los neumáticos girando fuera de control. Estaban atravesando un pueblo y se preguntaba cómo los vecinos de esas casas podían dormir tranquilos sin el temor de que un coche acabase estampado contra sus fachadas. “Deben de estar acostumbrados”. Buscó marcas de accidentes en la pared de una de las viviendas, pero no encontró ninguna. No podía apartar la imagen del jabalí.

—¿Por qué dices que no le importas a Emilio? —preguntó para cambiar de conversación.

Estaban a punto de alcanzar la cima. Gloria volvió a girarse hacia ella.

—Pues mira —dijo bajando el tono de voz como si fuese a hacer una confesión—, llevamos más de cuatro meses juntos y no sé por

qué se empeña en mantener lo nuestro en secreto.

Bárbara vio a través del espejo retrovisor, como las pupilas del conductor viraron a la derecha un instante para volver rápidamente a la carretera.

—Continúa —le pidió.

—¡Hasta vivimos juntos! —exclamó—. Creo que es porque no quiere que sus hijos, que viven en Italia con su madre, se enteren. Aunque no estoy tan segura de a quién quiere ocultárselo, si a los chicos o a su exmujer. ¿Tú qué crees?

El coche finalmente regresó a una inclinación prudente y liberó la tensión con la que se sujetaba al pasamanos. Respiró aliviada.

—Seguramente no quiere que lo sepa su exmujer para proteger a sus hijos. Para no hacerles daño. Dale tiempo —le aconsejó.

—¿Vosotros tenéis hijos? —preguntó Gloria.

—Mi marido tiene dos niñas de un matrimonio anterior. Las quiero mucho.

—Entonces es como si fueran tuyas.

Bárbara miró de nuevo por la ventanilla.

—¿Y qué tal te llevas con su ex?

—La madre de las niñas falleció.

—Lo siento —dijo Gloria con cara de apuro.

Bárbara desvió su atención del paisaje para mirarla y se rió por la reacción de Gloria.

—Tranquila, yo no la conocí.

Gloria se relajó y volvió a mirar al frente. El horizonte, a ambos lados de la carretera, se presentaba en forma de campiña. Podrían estar en cualquier lugar. Desde donde se hallaban no había ningún indicio que indicara que se encontraban rodeados de mar.

—¿No queréis tener más hijos? ¿Uno tuyo? —preguntó Gloria.

—No es el momento.

Bárbara miró de nuevo por la ventanilla. Gloria la miró.

—Perdona. No debí haber preguntado eso, ¿Has estado ya en la playa?

Bárbara se quedó mirándola un instante.

—Me gustaría ser madre, pero para Carlos nunca es un buen momento —sonrió con tristeza.

—¿A qué se dedica tu marido?

—Es abogado y hace un par de años abrió un bufete con su socio. Siempre tiene mucho trabajo.

—Bueno, eres joven, ¿Cuántos años tienes? Yo acabo de cumplir veintiocho y creo que todavía me queda mucho por disfrutar antes de pensar en hijos.

Bárbara sonrió.

—Tenemos la misma edad.

—¡Anda! mírate, veintiocho años, casada, con dos hijas, aunque sean de tu marido —puntualizó con gracia—, con un buen trabajo y acabas de descubrir una cueva. Debes estar orgullosa.

—Cansada y con ganas de ducharme, eso es lo que estoy —sonrió de nuevo.

—Pues vamos al lugar perfecto. Le diré a Iago que no te moleste.

—¿Quién es Iago?